

de existencia, y si se le considera como un deber, tendremos las relaciones entre la inteligencia que crea y el brazo que ejecuta. En ambas cosas las funciones del trabajo derivan de la libertad.

Hay dos cuestiones que considerar aisladamente: *el derecho al trabajo y el derecho de trabajar*. En tanto que no se perjudique á un tercero con el empleo de las facultades físicas ó morales, el hombre puede exigir del Estado las seguridades que necesite para el goce de los bienes adquiridos por medio del trabajo: esta teoría convierte al Estado en sostenedor de un derecho, según la escuela economista.

Los socialistas quieren que el Estado esté en la obligación de proporcionar el trabajo á cada individuo, y que éstos tengan el derecho de exigir todos los elementos de subsistencia. Esta teoría se desarrolló en Francia el año de 1848, cuando fueron establecidos los *talleres nacionales* que no pudieron vivir merced á la imposibilidad de tan absurda teoría.

Bien está que el hombre, con el reconocimiento de la posesión de sí mismo, exija seguridades para la recompensa por el agotamiento de sus facultades; pero de esto á que se le deba proporcionar el trabajo, hay notable diferencia.

La libertad y la seguridad son los principios en que descansa *el derecho de trabajar*. El hombre libre hace lo que puede; el esclavo trabajará en lo que su dueño lo emplee; el primero será estimulado con la esperanza de un porvenir y la satisfacción de haber cumplido con un deber; el segundo, no arrojará de sí la pesada carga del hastío que proporciona el trabajo del forzado; sus amarguras serán la recompensa de los afanes, aunque enriquezca su *señor*.

Esto, en cuanto á individualidades, el trabajo no admite restricciones de otro género, que no sean las de sus propias tendencias, y tan sublime derecho, que fuera confundido con una maldición por los *romanistas*, se resiste al reglamentarismo, á las limitaciones, á las cábalas, y á todo aquello que tienda á estancar el ejercicio y los beneficios del trabajo.

Tratando del orden colectivo, ó sea de la sociabilidad en las formas de *corporación restrictiva* ó de *asociación*, nada más ventajoso que la unión de inteligencias y de brazos para realizar lo que un solo individuo no pudiera, aun á costa de sus facultades.

Adam Smith aboga por las ventajas de la corporación y atribuye tales ventajas á la economía de tiempo, para pasar de una á otra

apreciación, y á la destreza que comunica el ejercicio, motivo también de perfección.

La subdivisión del trabajo forma especialidades en las artes como en las ciencias, deja á la inteligencia apta para perfeccionar tal ó cual materia, y así se beneficia una colectividad al mismo tiempo que el individuo no malgasta sus energías en un trabajo impropio y por lo tanto poco productivo.

En cuanto á la forma restrictiva, por lo que al Estado respecta, natural es que el trabajo participe de esa legislación á que todos los derechos están sujetos para evitar que la libertad degenere en libertinaje. El Estado, que es el representante de los intereses, será el intérprete de esas restricciones.

La libertad de trabajo es la más bella de las libertades del hombre, porque siendo, según Baudrillart, un sér sujeto á necesidades, libre, sociable y perfectible, le aleja de la asechanza de las pasiones que ofuscan siempre la inteligencia, dan muerte á la moral y convierten *al rey de la creación en la bestia humana* de que nos habla el realista francés.

El hombre que trabaja no solamente llena la misión que tiene en la vida, si que también contribuye á que los demás la cumplan, y en esa reciprocidad de organismos gastados y de espíritus encaminados á la perfectibilidad, de facultades empleadas en conjunto y de tendencias unánimes, esplende el progreso de la humanidad.

III

DIVISIÓN DEL TRABAJO.

Dichosa edad y dichosos tiempos aquellos en que el hombre se alimentaba con el maná del cielo; pero más dichosos éstos en que se siembra la semilla, se cuida y espera á que sazonado el fruto nos alimente; y decimos que es más dichoso este tiempo, porque satisface más comer lo que se trabaja, que lo que se recibe por caridad. Entonces, como no se trabajaba, la ciencia económica salía sobrando; hoy que se lucha por la vida, la Economía política es una necesidad.

En nuestros viajes por el extranjero, hemos comprendido cuán-

to vale un pueblo que constituye la colmena abastecedora, y hemos apreciado en su justo valor la aplicación de sistemas viejos allá, pero desconocidos aquí casi en su mayor parte. No recordamos que siquiera un obrero nos hubiera dicho que el trabajo era una maldición de Dios; por lo contrario, todos á cuantos tratamos nos dijeron que por el trabajo estaban en contacto con Dios: por eso aquellas naciones son ricas y poderosas.

Un ejemplo célebre y una confirmación palpable presentan los efectos que resultan de la división del trabajo. Creemos, con Rossi, que esta es la base fundamental de la industria moderna, y que sólo ha podido perfeccionarse con el auxilio poderoso del capital.

Examinando atentamente la división del trabajo en una industria especial; por ejemplo, en la fabricación de naipes, veremos que no son los mismos trabajadores los que preparan el papel y los que pintan las figuras de las cartas. Una baraja es el resultado de diversas operaciones, de las que cada una comprende una serie de trabajadores que se dedican siempre á ella.

Es considerable la influencia de la división del trabajo, porque si consultamos á J. B. Say, veremos que treinta trabajadores, en el ejemplo que hemos citado, hacen en un solo día 15.500 cartas, es decir, 516 cada operario, poco más ó menos; pero uno solo, por hábil que fuese, suponiéndolo obligado á ejecutar todas las operaciones que en conjunto representan los naipes ya manufacturados, quizá no haría sino dos cartas por día, ó sea la doscientas cincuenta parte del trabajo de los treinta obreros.

También podemos citar como ejemplo incontestable de esa influencia, la fabricación dealfileres. Diez trabajadores ejecutando diez y ocho operaciones producen 48,000 alfileres; pero si un hombre solo estuviese obligado á tirar el alambre, cortarlo, hacer la punta, formar la cabeza, blanquearlo, etc., etc., sólo produciría veinte alfileres.

La teoría sobre la división del trabajo, debida al ilustre Adam Smith, inspiró á un sabio matemático francés, Monsieur de Prony, un medio para la formación de tablas logarítmicas y trigonométricas para la nueva división centesimal del círculo, y además una tabla de logaritmos del uno al doscientos mil. Prony formó una sección de cinco ó seis sabios para la investigación de nuevas fórmulas, otra de siete á ocho para reducir la fórmula á cifras, y otra de igual número de sabios que calculaban de esta manera; en cada

una de las secciones la parte del trabajo fué subdividida, y sólo así llegó á formar el ilustre geómetra, en algunos años, diez y siete volúmenes en folio, en números.

También puede aplicarse con éxito en los trabajos intelectuales.

Pero digamos algo acerca de las causas que determinan el maravilloso poder de la división del trabajo, siguiendo en nuestros raciocinios los pasos del ilustre Adam Smith, á quien ya hemos citado.

La primera de estas causas es que los obreros no pierden tiempo en cambiar de ocupación, de lugar, de posición ó de herramientas, y de aquí resulta que su atención no tiene motivos de distraerse.

La segunda causa consiste en que el espíritu y el cuerpo adquieren extraordinaria habilidad en las operaciones sencillas y que se repiten con frecuencia. Un herrero acostumbrado á batir el hierro sobre el yunque, pero novicio en el arte de hacer clavos, hará 200 ó 300 de éstos en un día, mientras que otro, habituado á este trabajo, haría de 900 á 1,000 clavos por día.

Demasiado sabido es que con la práctica constante, la habilidad de un trabajador llega á ser prodigiosa.

De la tercera y última causa debemos decir, que como la división del trabajo hace descubrir procedimientos más rápidos para ejecutar las diversas operaciones, reducen éstas á procedimientos muy sencillos, sobre todo, si á ellos se aplican las fuerzas motrices de las máquinas.

Parte del mecanismo empleado en los oficios en que el trabajo está más subdividido ha sido descubierto primitivamente por simples trabajadores, cuyo pensamiento estuvo concentrado y fijo en buscar medios de aligerar la carga que hacía su única ocupación. Cuando se inventaron las primeras máquinas de vapor, acostumbrábase emplear á un aprendiz cuya única ocupación era abrir en el momento conveniente la llave del tubo por donde se echa el agua fría; uno de aquellos aprendices, impaciente por el deseo de ir á jugar con sus camaradas, observó que ligando una cuerda al mango de la llave y uniendo la otra punta á la misma palanca, la llave se abría y cerraba sin su intervención. De este modo fué como se encontró una de las más ingeniosas perfecciones de la máquina de vapor. Wyatt, Lewis, Arkwright, Hargreave y Crompton, que hicieron estas perfecciones, eran operarios puramente prácticos.

Es así como, por medio de la división del trabajo, los procedimientos de toda especie tocan la mayor perfección posible: en el ramo de tintoterías, por ejemplo, hay en las fábricas de Lyon operarios famosos para las tinturas negras, otros para las tinturas rosas y azules, etc.; los cuales sólo se ocupan de sus colores favoritos.

No solamente en las fábricas y talleres, sino en el mundo entero, pueden observarse los efectos maravillosos de la división del trabajo. Las mismas ciencias no llegan á un alto grado de perfección sino cuando son diferentes los hombres que se dedican á hacer investigaciones sobre los innumerables ramos que ellas abrazan. Los naturalistas, por ejemplo, son clasificados en astrónomos, físicos, químicos, geólogos, mineralogistas, botánicos, zoólogos, etc., y cada ramo de la historia natural puede aún subdividirse en otros muchos; la gravedad, el calórico, la electricidad, la óptica, el magnetismo, la acústica, son otras tantas partes diversas que cada una de ellas puede ocupar la vida entera del físico más activo.

Para demostrar, por otra parte, que la división del trabajo favorece y estimula el comercio de las naciones, bastará decir que hay comerciante cuya industria toda consiste en recibir y pagar por otro; banqueros, en poner en contacto y relaciones á los que compran con los que venden, corredores, etc.; y por esta subdivisión, las mercancías llegan á los consumidores por medios más eficaces y á mejores precios.

Esta es la manera de obrar de la industria comercial cuando se procura reemplazarla, porque no haciendo el comercio sino transportar los productos, dividirlos y conservarlos en depósito al alcance del consumidor, todos, sin ser negociantes de profesión, se consideran con la aptitud para desempeñar las funciones del comerciante; pero calculando rigurosamente, se ve que es raro sacar de semejantes operaciones toda la utilidad que se debía esperar, porque desde luego, cada cual es víctima de su inexperiencia, y paga caro las faltas que comete en un oficio que le es desconocido.

En resumen, dividir el trabajo, es abreviarlo, simplificarlo, y por consiguiente, obtener prontitud y economía. La división del trabajo, dice Carli, "es el trabajo exceptuado de una manera, y hecho de todas las otras."

IV

SALARIOS Y JORNALES.

La máquina social regida por los distintos funcionamientos que se transmiten como en las piezas de admirable mecanismo, se halla expuesta á mil interrupciones, cuando alguno de aquellos se entorpece ó se acelera demasiado.

El trabajo es uno de esos agentes que desarrolla gran fuerza motriz en el organismo moral de las sociedades; es quizá el elemento que da vigor á las demás, de las que depende la vida orgánica de un país, y por lo mismo, debe ser objeto de constante estudio y de frecuentes mejoras, si no se quiere un desquiciamiento social tan difícil de corregir.

El comunismo en Francia y el socialismo degenerado en propia conveniencia, fatalmente entronizado en las naciones más cultas de Europa, son las modernas manifestaciones de la mala organización del trabajo.

El comunismo jugó el todo por el todo pretendiendo una igualdad injustificada; puso á precio de la tranquilidad del hogar las quiméricas conquistas de una empresa irrealizable, y obreros infatigables en el desequilibrio social, fueron lanzados por el torbellino de las ambiciones.

Veamos cómo califica Baudrillard el socialismo:

"Las escuelas socialistas tienen un lenguaje diferente. A crearlas, el trabajo y el capital producen bastante para cubrir todas las necesidades. Si hay perturbaciones, es porque los unos tienen mucho y los otros no tienen bastante. La solución de este problema debe ser un negocio de legislación. Toca al Legislador favorecer á los unos y despojar á los otros; asegurarle al trabajo una parte con más criterio que el mismo trabajador: poner la sabiduría y la justicia armadas de la fuerza pública, en el lugar de la sabiduría y la justicia de los contratantes. Creen los socialistas que este es el bello ideal de la felicidad pública. Según la Economía política, semejante intervención gubernativa inmola á la vez la libertad, el orden y la justicia; produce la atonía, siembra la inquietud y da por

resultado sumergir en más honda miseria á las clases infelices, haciendo retrogradar al género humano."

Si la libertad y la utilidad rigen al trabajo, la remuneración ó retribución de éste, estará sujeta á las mismas condiciones de aquel.

Esa remuneración llamada *salario* es la que da al trabajo el valor colectivo. El hombre aislado puede apreciarlo por sus necesidades, y por sus esfuerzos el hombre civilizado; es decir, el hombre que vive con los demás, lo valoriza por lo que produce en interés recíproco.

En los tiempos primitivos se tenía conciencia del trabajo, como se tiene conciencia de todo lo que es innato; la naturaleza exigía la propia conservación, y el sér racional, lo mismo que el bruto, tenía que proporcionarse lo que le hacía falta para la vida.

La relación que resulte entre el capital y la población será la que regularice los salarios, sujetos como se hallan á la contingencia de la oferta y la demanda.

Cuestión ardua ha sido siempre la fijación de la tasa al salario, debido á que no es admisible ninguna intervención cuando hay libertad para contratar. Se ha querido distinguir lo que gana el obrero para cubrir sus más indispensables necesidades y lo que le sirve para adquirir lo que no necesita urgentemente.

Por eso la esclavitud pudo imperar por mucho tiempo en distintos aspectos, pero con los mismos resultados.

Roma con el dominio de los Reyes, tuvo *clientes* que eran los que por ciertos compromisos se asociaban á los *patrones* ó *patricios* que eran los privilegiados por el nacimiento, y les ayudaban á pagar sus rescates, sus multas, el dote de su hija, y hasta los gastos necesarios para desempeñar sus funciones y sostener la dignidad de su clase. Y como el patronazgo en Roma, pudiéramos citar el servilismo humano que hizo de siervos y esclavos objetos de tráfico y de lucro.

La misma codicia, el mismo orgullo que se satisfacían con los semejantes, hicieron que se pensase en dar más perfección á aquellos instrumentos de conveniencia, y á medida que el perfeccionamiento se imponía á las libertades, ganaban terreno en el campo de la regeneración.

Emancipado el hombre de tan ignominiosos yugos que pugaban con su misión, surgieron los contratos; el libre trabajo comenzó á ser un hecho y el que trabaja tiene el derecho de exigir el

salario que crea justo. Dichos contratos se celebran entre el emprendedor y el capitalista: éste expone si se quiere sus intereses; el otro, afronta los medios naturales, no solo para conservarlos sino para aumentarlos.

Todo lo que sea equidad en los salarios implica una ley económica.

La reglamentación de los salarios no es de tan fácil realización como creen muchos falsos protectores de la clase obrera, porque *los salarios*—como ha dicho Colmeico—se subordinan á la ley común de la competencia.

La fijación de la tasa al salario de que hablamos ya, es una tutoría que tiende indirectamente á reducirlos y pugna con la ciencia económica que quiere que el hombre progrese.

Como ésta, hay otras arbitrariedades como las siguientes de que habla Adam Smith. "Influye en la cuota de los salarios, que el trabajo sea cómodo ó penoso, limpio ó sucio, honrado ó despreciado. La facilidad y el buen mercado del aprendizaje, los gastos y sacrificios que exige. La certidumbre é incertidumbre de la ocupación. La mayor ó menor confianza que es necesario acordar al obrero y las probabilidades del éxito del trabajo."

Si las eventualidades fueran la regla para prefiar el salario, el trabajo no tendría la libertad que requiere.

Que de antemano se estipule el salario, según las condiciones en que el trabajo se deba verificar, es muy justo, y por lo mismo, la mejor norma para establecer el salario, serán las mutuas convenciones.

La libertad quiere la emancipación absoluta del hombre para hacerle soberano de sus facultades, y no puede pasar por restricciones que no tienden á sostener esa emancipación.

Para dar libertad al trabajo se necesitaba un precepto como el siguiente, con el que debemos enorgullecernos:

"Nadie puede ser obligado á prestar trabajos personales sin la justa retribución y sin su pleno consentimiento. La ley no puede autorizar ningún contrato que tenga por objeto la pérdida ó el irrevocable sacrificio de la libertad del hombre, ya sea por razón de trabajo, de educación ó de voto religioso. Tampoco pueden autorizarse convenios en que el hombre pacte su proscripción ó destierro."

.....